

nes, y el estómago de Viena devoraba una gran cantidad de otros productos; así es que en 1783 se contaban en esta capital 40,000 bueyes, 63,000 terneras, 35,000 carneros, 170,000 corderos, 80,000 cerdos, 723,000 modios de harina de trigo, 972,000 modios de harina de maíz, 1.263,000 haces de paja, 20,000 carretadas de heno, 300,000 brazas de leña, 500,000 cántaras de vino y 4 millones y 1/2 de cántaras de cerveza (1). La nobleza alemana era muy numerosa en Viena, y también muchos magnates húngaros tenían su domicilio fijo en aquella capital. Entre las principales familias, figuraban los Auersberg, Batthiany, Colloredo, Czartorisky, Dietrichstein, Esterhazy, Grassalkowitz, Kaunitz, Khevenhiller, Kinsky, Klary, Lichtenstein, Ligne, Lobkowitz, Paar, Palm, Schwarzenberg y Starhemberg. De estas familias algunas tenían una renta anual de 200,000 florines y las de los Lichtenstein, Dietrichstein, Esterhazy, Schwarzenberg y Lobkowitz contaban con una renta de 300 á 600,000 florines anuales. Al lado de las distintas categorías de la antigua nobleza había especuladores recientemente ennoblecidos, á quienes la guerra del tiempo de María Teresa había dado ocasión de ganar grandes caudales y adquirir títulos. A pesar de sus cuantiosas riquezas, las grandes familias nobles, especialmente las húngaras, estaban agobiadas de deudas; los caballos y la servidumbre les costaban sumas enormes, pues había cuadras particulares en Viena que contenían 50, 60 y más caballos. Las familias de regular posición sostenían intendente, secretario, dos ayudas de cámara, dos correos, uno ó dos monteros, dos cocineros, cinco ó seis lacayos y un portero. Un adorno de señora que costara de 30 á 40,000 florines era una cosa ordinaria y en el juego perdían los hombres hasta 15 y 20,000 florines en una sesión. Decíase en tono de proverbio: «en París se gasta el dinero con más gusto, pero los vieneses resisten más.» La burguesía vienesa era también dada á la comodidad y á los placeres: «El hombre vulgar, decíase en el *Bosquejo*, gusta de los festines, de la danza, de los espectáculos, de las diversiones. En los días de fiesta se pasea por el Prater y el Augarten, visita los parques, presencia los fuegos artificiales, va en carruaje con su familia y se sienta siempre ante una mesa bien provista. Como en Viena todo está barato, hasta las habitaciones y la leña, el industrial no carece de compradores, y como el hombre vulgar rara vez hace bancarota, y al contrario suele estar bien acomodado, no destina generalmente á sus placeres más de lo que sus recursos le permiten.» La animación que se notaba en las estrechas calles de la ciudad y especialmente los muchos carruajes hábilmente conducidos, sorprendían á los extranjeros. La habilidad de guiar, por todos reconocida, se debía á que no solo las familias aristocráticas, sino también muchos burgueses daban casi diariamente un paseo en coche.

Hacíase entonces también mucho la vida de café: en el *Graben* y en el mercado de legumbres había muchos cafés adornados de espejos, tapices, cuadros, etc., que eran muy frecuentados todo el día. Las salas de baile de los arrabales ofrecían también durante el verano ocasión de continuar las diversiones y en el Augarten había, igualmente en el verano, bailes para las clases elevadas de la sociedad. Al mercado de legumbres se iba por la tarde y hasta media noche; se tomaban helados y se conversaba con las damas que estaban sen-

(1) El cálculo de Nicolai de que de los 7 y 112 millones de cántaras de cerveza que se fabricaban en 1780 en la Baja Austria, solo 300,000 correspondían á Viena, está equivocado.

tadas en largas filas de sillas. Entre las diversiones populares figuraban las colecciones de fieras, donde no solo los osos bailaban y los monos representaban comedias, sino que desgraciadamente había también crueles luchas entre toros y perros, cerdos y lobos cuyo sangriento fin era acogido con entusiasmo por un público compuesto de personas de todas categorías. Aun cuando Nicolai exagera un poco hablando de las cosas de Viena, bien puede participarse de la indignación que tales atrocidades le producían. La hospitalidad de los vieneses era extraordinaria y llegaba á un extremo tal, que las fondas, de las cuales tan tristes descripciones se han hecho, no podían prosperar. La sátira y el epigrama estaban hace cien años en el mismo auge que actualmente, y la libertad de lenguaje que allí imperaba sorprendía á los extranjeros. En las muchas tabernas, cervecerías y cafés (estos últimos eran en número de cincuenta) se hablaba sin reparo de religión y de política, y el emperador José permitía que públicamente se criticaran sus propios actos, sin que durante su reinado se reprendiera á nadie por sus manifestaciones. Esto no obstante, encargaba á la policía que le enterase de cuanto se hiciera y dijera, y mantenía además un ejército de agentes secretos que estaban á sueldo suyo. «Este gusano, decía un escritor hablando de la policía secreta, se extiende por todas las sociedades y corrompe todos los círculos que no son objeto de especiales cuidados, sentando con preferencia sus reales en las tabernas, en los cafés, en las casas de comida, en los jardines, en los paseos y en todos los puntos de diversion. Preséntase bajo todas las formas: unas veces es tabernero, otras vendedor del mercado, otras tiene un dicasterio, ora es criado de un mercader, ora pensionista, ora camarero, ora secretario; ya se ofrece bajo el aspecto de un doctor, ya escribe, como abogado, actas y memoriales, visita las casas en forma de fraile, acosa bajo la capa de abate á las mujeres galantes y se transforma de repente en conde ó baron.» En tiempo de la Revolución francesa estas «moscas» estuvieron más ocupadas que en tiempo de José, pues entonces se prohibieron las discusiones políticas, que habían tomado un vuelo prodigioso, en los sitios públicos, y los posaderos eran responsables de cuanto se hablaba en las habitaciones de sus establecimientos. A pesar de su afición á discutir y hablar de política, eran los vieneses bajo este último punto de vista sumamente cándidos.

Su bondad proverbial, debida en gran parte á la apatía y á la comodidad, hacía que los vieneses, como todos, soportaran con calma y resignación los golpes de la suerte á que se veía sujeto su Estado; raras veces se indignaban y en todo caso la indignación les duraba poco. Soportaban con admirable perseverancia las cargas de la guerra, que á la muerte de Leopoldo llevó tres veces en diez años al enemigo al corazón del imperio, y si bien esto les quitó gran parte de su buen humor, nunca se dejaron llevar de la ira y su descontento no tomó un carácter peligroso. No se entusiasmaron, ni sentían cólera ni odiaban al opresor. Solo en las comarcas alpinas relampagueaba de cuando en cuando la pasión popular que se manifestaba por algunas bárbaras venganzas, tomadas por los labradores del interior de Austria. En suma, el pueblo austriaco no se entusiasmó en tiempo de la Revolución francesa y el incremento que tomó la guerra de liberación en las comarcas del Norte de Alemania apenas se sintió en Austria como un débil eco, y la época de oro del Congreso, cuyas maravillas recuerdan aun con entusiasmo nuestros padres, la pasó el pueblo en medio de la antigua indiferencia.

FIN DE EL AUSTRIA

## CATALINA SEGUNDA

POR EL DR. ALEJANDRO BRÜCKNER

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE DORPAT

### INTRODUCCION

Rusia desde 1725 á 1762.—Influencia francesa.—Cuestiones de sucesion al trono.—Pedro de Holstein

Durante la época de Pedro el Grande, la Rusia, que antes había permanecido extraña al mundo de Occidente y que por espacio de luengos años había sido considerada como una provincia del Asia, entró á formar parte de la gran familia de los pueblos europeos occidentales, conquistándose la consideración de gran potencia. Si este cambio se verificó relativamente con rapidez y buen éxito, debióse al genio, á la actividad del Czar que era reconocido como el más ilustrado entre todos los que se habían sentado en el trono moscovita y aun entre todos sus súbditos, lo cual era precisamente lo que á la nación rusa convenía. En él había encontrado su más genuino representante la idea de aproximar el Estado asiático al Occidente, idea que concibió con gran profundidad de espíritu y que llevó á cabo con toda la energía de una voluntad de hierro. Raros son los hombres que, como Pedro, nos ofrecen esa unión de una penetración segura en lo que es necesario con una fuerza tan expansiva de carácter. Disponiendo como disponía de poderosos medios de fuerza capaces por sí solos de llevar el peso de la responsabilidad de las radicales reformas en el Estado ruso introducidas, dió á su gobierno el sello de la dictadura. Sus súbditos por el pronto experimentaron más la carga que las ventajas de aquel estado, en cierto modo de transición. La ilimitada presión de la despótica voluntad de Pedro y las formas duras y rudas de su proceder, influyeron para que se apreciase poco el bienestar que el pueblo ruso tenía que agradecer á su soberano. En el mismo Occidente, más fácilmente debía apreciarse la importancia de la gran potencia rusa recientemente creada que medirse el valor y la trascendencia del hecho histórico llevado á cabo por el genio de aquel príncipe.

El ingreso de Rusia en el sistema de los Estados europeo, fué considerado en Occidente en tiempo de Pedro más como una carga que como una ganancia. Los enemigos de Rusia eran muchos y poderosos; y como se deseaba que el neófito en la vida de los Estados cayera de la altura en que se había colocado y volviera á su insignificancia, tendíase á considerar como posible ó probable que Rusia volviera al estado de reino asiático. La suposición de que el cetro de aquel preclaro déspota, á manera de varita mágica de efecto instantáneo, había dado vida á la indolente masa del Estado y del pueblo orientales, comunicándole una fuerte existencia política, y de que la virtud galvánica de tal varita cesaría con la muerte del Czar, hubo de mostrarse muy pronto como destituida de todo fundamento. Necesitándose la prueba de

que la suerte de la humanidad no dependía de la vida ni de la muerte de ninguna persona, el período que siguió al reinado de Pedro demostró evidentemente lo perdurable de los resultados conseguidos no solo por los esfuerzos de una voluntad aislada, sino en la senda del desenvolvimiento histórico. Pedro, al emprender las reformas que tendían á establecer la mancomunidad de la Rusia con la Europa occidental, se hizo cargo de que empuñaba el timón de una nave. Conocedor del rumbo que debía seguir, abrióse paso al través de las tempestades y de los peligros. Podía abrigarse la duda de si al sucesor de tan experto piloto le sería dado perseverar en aquella senda, violenta y rápidamente progresiva; pero en vano se esperó que la nave del Estado ruso se perdiera, falta de brújula, en la ruta durante tanto tiempo seguida, ó que volviera atrás ó encallara, ó fuese completamente á pique.

Las décadas que siguieron á la dominación de Pedro el Grande no fueron una época de reacción, sino un período de descanso. La pérdida de un personaje de tanta importancia dejó un gran vacío: tanta inteligencia y tanta energía no eran fáciles de reemplazar. La solución del difícil problema que el gran maestro había planteado, al elevar su Estado á la categoría de gran potencia, parecía ser muy superior á las fuerzas de sus epígonos. La falta de instituciones políticas que, prescindiendo de la edad, raza y capacidad de los gobernantes, pudieran ser garantía de saludable progreso, era una constante amenaza de desgracias; no había una ley que regulara la sucesión al trono, ni una disposición que se refiriera á la regencia de que pudiera haber necesidad. En cada caso particular, se resolvía por las influencias del momento la cuestión de si el soberano debía ser Czar ó Czarina. Durante media generación después de la muerte de Pedro, se vieron varias veces las riendas del gobierno rodar por el suelo, y aquel que las empuñaba con más fuerte mano, conseguía ocupar, aunque no de un modo permanente, el primer puesto del Estado. En pocos años sucedieron una multitud de gobiernos: los príncipes y las princesas lo fueron de nombre, y á su lado tenían un visir que no conocía más responsabilidad ministerial que el collar de seda por un lado y por otro la justicia de Lynch de la revolución en el Estado. Durante el gobierno de Catalina I, Menschikof fué el único soberano; mientras el cetro estuvo en manos de Pedro II, Osterman fué, con razón, designado como el verdadero Czar; y Biron gobernó como absoluto en tiempo de la Czarina Ana. En la lucha por el poder, en la

cual estaban además en juego los bienes, la libertad y la vida, se prescindía de toda consideración al interés del Estado y al bienestar del pueblo. Nadie pensaba en utilizar el poder en bien de los demás, sino en explotarlo en beneficio de intereses particulares. A menudo, la lucha por un puesto, por una influencia, por una consideración, era á la vez una lucha por la existencia; los cambios de gobierno, las crisis ministeriales iban unidos entonces, en Rusia, á catástrofes para los particulares. Aquellos que hacia un momento eran dueños del gobierno, poseían millones y daban el tono á la corte, aparecían un momento despues como acusados, arruinados y sentenciados, muriendo en fin las mas de las veces en el tormento y el suplicio. En sucesión rápida vemos á los hombres de Estado, á los generales y á los favoritos tan pronto rodeados de fausto y de lujo, como sumidos en la mayor miseria; hoy junto al trono, mañana caminando al través de los nevados campos de la Siberia. Allí, donde no había verdadera lucha de encontrados principios políticos, sino tan solo el odio y la sed de venganza de enemigos personales, apenas quedaba espacio para desarrollar un pensamiento político, para observar una conducta patriótica, para mostrar una actividad bienhechora en provecho de la generalidad. Ni en los parientes del Czar Pedro que ocuparon el trono en los años que siguieron á la muerte de aquel, ni en los ministros que escogieron, encontramos ninguna persona de verdadera importancia.

Así como al llegar á un espacio sin aire, el aire que lo rodea se esfuerza por penetrar en él, del mismo modo es de notar, durante el período de 1725 á 1762, una influencia poderosa de las demás potencias en las cuestiones rusas, como si en este punto hubiese existido una especie de vacío político, y como si allí se hubiese hecho patente la falta de una capacidad, de una voluntad energética, de un programa político. Y ciertamente existían cuestiones acerca de la sucesión al trono por las cuales manifestaba gran interés el extranjero, y para cuya solución se esforzaban los diplomáticos en interponer su influencia dentro del sentido y del espíritu de tal ó cual Estado. La falta de una ley que regulara la sucesión al trono y la carencia de reglas de derecho público que se refirieran á tan importante cuestión, proporcionaban á las potencias extranjeras un precioso pretexto para intervenir en ella. Así como Suecia en aquel período de agitación abría á los embajadores extranjeros todas las puertas cuando se trataba de la política interior del país; así como Polonia á cada cambio de rey se veía obligada en los campos de batalla á rendirse á las limitaciones é insinuaciones de todo el mundo político, de igual suerte la Rusia parecía condenada á ser juguete de los intereses de los demás Estados. Por lo menos en los círculos extranjeros se consideraba de gran importancia el influjo que los diplomáticos ejercían en Moscú y en San Petersburgo en decisiones peligrosas. Así, por ejemplo, el Holstein Bassewitz se enorgullecía de haber contribuido en 1725 al entronizamiento de la Czarina Catalina I; así también á fines del reinado de esta, el Austria ayudó con su dinero á que la cuestión de la sucesión al trono se resolviera en favor de Pedro II; lo propio aconteció con el embajador danés Westphalen, el cual creyó en 1730 poder jactarse de haber influido mucho indirectamente para la entronización de Ana y la exclusión de Pedro de Holstein; asimismo los embajadores francés y sueco desempeñaron un papel importante en la coronación de Isabel; el dinero inglés influyó también, durante el reinado de esta, en la conducta del director de la política exterior, Bestushef, etc., etc. Tales acontecimientos apenas eran imaginables antes de la muerte de Pedro el Grande y despues del entronizamiento de Catalina II.

A pesar de todo esto, Rusia siguió siendo una gran potencia con cuyas intenciones y veleidades había que contar. Así en las cuestiones particulares como en los asuntos públicos, muchos hombres dotados de gran talento y de experiencia, como Ostermann, Münnick, Bestushef y otros, aportaban un peso importante á la balanza de la política europea. La energía mostrada por Rusia en la cuestión oriental durante el reinado de Ana, es testimonio de la fuerza de la tradición que había iniciado Pedro el Grande; la parte que tomó Rusia, en los últimos años del reinado de Isabel, en la guerra contra Federico el Grande, fué bastante para realzar la consideración, un tanto quebrantada, de aquel imperio á los ojos del mundo entero y para demostrar lo que significaba Rusia como enemigo ó como aliado. Francia, que por espacio de mucho tiempo había observado respecto de Rusia una conducta indiferente y hasta despreciativa, se vió obligada á proceder de muy distinta manera. La influencia de los diplomáticos rusos en Suecia era grande y la Inglaterra hacia grandes esfuerzos diplomáticos para permanecer en buenas relaciones con Rusia. De la desesperada situación de Polonia en frente de la prepotencia de Rusia, se desprendía evidentemente que aquella «república» esperaba su salvación del auxilio de Turquía, mientras se veía que era solo cuestión de tiempo el que la Turquía hiciera en favor de Rusia mas sacrificios de los que antes hubieran sido menester.

De mayor importancia que la consideración de gran potencia, conservada á pesar de la escasez en el interior y de las dificultades en el exterior, era para Rusia que la corte y la sociedad no solo admitieran la influencia general de la civilización del Occidente europeo, que tan poderosa había sido durante el reinado de Pedro el Grande, sino que durante esa década la aptitud para obtener los beneficios del progreso se robusteciera cada día mas en la política, en las ciencias, arte y literatura. Bajo este punto de vista no se observó durante los años que siguieron á Pedro el Grande ninguna corriente reaccionaria. La residencia temporal de la corte y de las altas esferas sociales en Moscú, durante el reinado de Pedro II, no ejerció influencia alguna en las costumbres ni en el modo de ser de la corte, que permaneció fiel al carácter europeo que había tomado en tiempo de Pedro el Grande, imitando la pompa, el lujo, las formas convencionales y los hábitos modernos de Occidente y siendo el centro en donde se aprendían las formas sociales. En aquel tiempo fueron mas frecuentes y provechosos los viajes de los rusos al extranjero, siendo la capital francesa la que con mas fuerza les atraía, y robusteciéndose cada vez mas la influencia que el arte y la literatura francesas ejercían en la vida intelectual de las altas esferas sociales rusas. Para el desenvolvimiento de los rusos fué de gran importancia el hecho de que, despues de haberse educado en tiempo de Pedro el Grande en las escuelas de Alemania, Holanda é Inglaterra, se mostrasen aficionados á la cultura francesa. En Francia, donde en medio de las tristes relaciones internacionales la oposición literaria construía un nuevo mundo ideal, los notables rusos que emprendían viajes, hacían el papel de Mecenas y mantenían correspondencia con los principales escritores franceses, encontrando en esta correspondencia poderosos estímulos y preciosas enseñanzas. En el dominio de la lengua francesa, en la apreciación de todas sus delicadezas y en la práctica de las corteses formas sociales que constituían una segunda naturaleza para los que visitaban los salones de París, mostrábase los rusos mas hábiles de lo que se habían mostrado en los arsenales y talleres de Inglaterra y de Holanda en tiempo de Pedro el Grande. De mala gana y solo por obedecer á la voluntad del

Czar, se habían sometido á los duros trabajos de marineros y constructores de buques; así es que espontáneamente buscaban los Estados en que abundaban los placeres de un trato animado. Muy pronto tomaron el aire de «grandes señores» y no carecían de agudeza y viveza de ingenio, formándose una instrucción enciclopédica y aprendiendo en Francia con mayor rapidez que otros muchos discípulos de los franceses.

Todo esto sin embargo iba unido á la escasa educación y experiencia políticas que se notaban en las esferas de la alta sociedad rusa. Los intereses particulares eran los que privaban; la participación activa en los negocios públicos y el patriotismo manifestado por medio de trabajos políticos se avenían mal con la tradición y con las inclinaciones de los rusos, pues el rasgo característico del proceder de la sociedad respecto del Estado era cierta pasividad. La circunstancia de que la historia de la corte, con sus miserias y sus intrigas personales no dejaba apenas espacio para los grandes pensamientos políticos, hacia que la sociedad rusa se interesara muy poco por la política propiamente dicha. Los que no tenían probabilidades de desempeñar un papel importante en la corte, contentábase con desempeñar el de meros espectadores. La ambición política apenas era conocida mas que de nombre, faltando además por completo los publicistas y una literatura que se ocupara en el estudio y discusión de las cosas públicas. De aquí que pareciese una verdadera anomalía el hecho de que al quedar, en 1730, vacante el trono y ser elegida la Czarina Ana, tuviera tantos adeptos la idea de limitar el poder monárquico y fueran discutidos en los círculos de la alta y de la baja nobleza un sinnúmero de planes de carácter político: tal acontecimiento era en efecto un meteoro pasajero mas que un fenómeno propio del sistema planetario correspondiente al sol político de Rusia. El hecho de que por aquel tiempo centenares de *dilettanti* políticos de la antigua capital planteasen en grandes asambleas el problema de una reforma radical del Estado y esperasen éxito permanente para sus programas constitucionales, en los cuales trataban de imitar las instituciones de Polonia, de Suecia ó de Inglaterra, se nos presenta como una sombra fugaz, como una interrupción del curso de la acción principal y por tanto como un episodio independiente de ella. La oposición entre el Estado y la sociedad, entre los gobernantes y los gobernados, entre las autoridades y el pueblo subsistía en toda su fuerza. La nación estaba acostumbrada á mirar de lejos y con silencioso respeto los variados acontecimientos que rápidamente se sucedían en el centro, en la corte, en donde á menudo las intrigas palaciegas revestían el carácter de verdaderas revoluciones.

En efecto, cuanto la vida humana puede ofrecer en peripecias, crisis, catástrofes, sorprendentes contradicciones y caprichos de la rueda de la fortuna, todo se puede encontrar en la corte de Rusia en el período que siguió al reinado de Pedro el Grande. Catalina I, descendiente de la clase social mas modesta, amiga durante muchos años del Czar y despues su esposa legítima, fué proclamada Czarina sin fundamento legal para ello. Dos años mas tarde, sus hijas Ana é Isabel, que tenían mas probabilidades que nadie de ocupar el trono, fueron preteridas en el testamento, siendo llamado á empuñar el cetro el hijo del Czarevitz Alejo, desheredado formalmente por el Czar Pedro y violentamente encerrado en una cárcel. Cuando aquel, Pedro II, de catorce años de edad, pero ya desposado con una princesa, y que posteriormente esperaba casarse con la princesa Dolgoruky, fué arrebatado á los rusos por una rápida muerte en 1730, no se había tomado ninguna disposición para proveer la vacante del trono. Ya la primera esposa del Czar, la hija de Mens-

chikof, había sido mencionada, conforme á la ley, en las oraciones de la Iglesia; por lo cual tuvo que salir desterrada para la Siberia. Entonces se pensó en proclamar Czarina á la segunda novia del joven Czar, Catalina Dolgoruky, para lo cual se presentó como título de derecho, un testamento con la firma falsificada de Pedro II. Esta intriga no tuvo buen resultado y la pretendiente y sus partidarios fueron severamente castigados. El que no se hablara de los derechos de los descendientes de Pedro el Grande, del hijo de Ana (pues esta había muerto) Carlos Pedro Ulrico de Holstein y de Isabel; y el que se eligiera á la sobrina de Pedro, Ana Ivanowna, duquesa de Curlandia, con lo cual se violaban los derechos de su hermana mayor la duquesa Catalina de Mecklemburgo, demuestra la falta completa de un derecho de sucesión política fijamente establecido, y es prueba de que la cuestión de proveer el trono de Rusia era simplemente el resultado de un verdadero juego de azar. El que ocupaba el solio se veía amenazado por muchos y peligrosos pretendientes, no se trataba simplemente de escalar el trono, sino de mantenerse en él á pesar de las pretensiones de los demás. La insignificancia política y personal de la princesa Isabel disminuía en gran parte los temores de desórdenes que la Czarina Ana podía abrigar ante la idea de una posible competencia por parte de la hija de Pedro el Grande, tan querida del pueblo. Una circunstancia, sin embargo, demuestra el malestar que sentía Ana, cual es la continua queja de que «todavía vivía en Kiel el diablillo», es decir el Czar Pedro III (1), nieto de Pedro el Grande. Los descendientes de este debían permanecer aun mucho tiempo excluidos del trono: Ana nombró como sucesor á Ivan Antonowitz (nacido en 1739), hijo de su sobrina Ana Leopoldowna, duquesa de Brunswick, siendo preteridos la princesa Isabel y Carlos Pedro Ulrico de Holstein. Estos por de pronto no formularon sus pretensiones, y pareció por tanto asegurada la soberanía de Ivan Antonowitz, que todavía no había llegado á la mayor edad. La lucha se entabló por la cuestión de la regencia: las astucias de Biron le dieron la victoria sobre su competidora, la madre del emperador, Ana Leopoldowna; pero á las pocas semanas derribó el poder la decisión de Münnich que había sido víctima de su ambición y de su brutalidad. Poco tiempo pudo disfrutar Ana del poder que había conseguido: temía la posibilidad de que se formularan pretensiones al trono en favor del «diablillo de Kiel», sin cuidarse del verdadero peligro que la amenazaba por parte de la princesa Isabel. La idea que concibió, segun se dice, de ceñir ella misma la corona durante la menor edad de Ivan Antonowitz, la precipitó del poder y con ella á toda su familia. La revolución que estalló en una noche de noviembre de 1741 dió á Isabel la corona que durante tanto tiempo había codiciado. Los de Brunswick fueron excluidos de todas partes y por muchos años estuvieron encerrados en distintas cárceles: la ex-regente Ana Leopoldowna murió al cabo de algunos años de estar en la cárcel de Cholmogory, ciudad situada al extremo Norte de la Rusia europea. Veinte años despues el Czar Ivan Antonowitz que había nacido en la púrpura pereció de muerte violenta en los calabozos de Schlüsselburg. Sus partidarios se mantuvieron durante mucho tiempo ocultos hasta que en 1774 la muerte salvó al padre, Antonio Ulrico, á cuyos hijos se permitió en 1780 emigrar á Dinamarca.

Durante los primeros tiempos del reinado de Isabel mostraron algunos peligrosos pretendientes, á saber, los de Brunswick y el joven duque de Holstein: el temor que los

(1) Véanse las Memorias de Stahlin sobre el Czar Pedro III en los documentos de la Sociedad moscovita para la historia y antigüedades (Tshtenija) 1866. IV. Miscelánea, pág. 71-27.